

EL PORVENIR DEL OBRERO

Revolución constante

Es necesario que el acuerdo adoptado por los obreros tejedores en el Congreso de Bourges respecto á la *jornada de ocho horas* y forma de conquistarla sea conocido en todo el mundo y secundado en donde sea posible.

Por esto, el artículo publicado en el número 221 de este periódico por el compañero Lorenzo Pahissa es digno de aplauso y muchos parecidos deberían escribirse á fin de que en 1.º de Mayo de 1906 el proletariado internacional realice un esfuerzo potente, unánime, extraordinario, para lograr que la jornada de ocho horas sea desde aquel día un hecho conquistado y definitivo en todos los países y en todos los oficios cuya índole lo permita.

Algunas veces nos ocuparemos en esta importante cuestión, porque reconocemos que la conquista de las ocho horas debe ser el propósito inmediato que deben hacer suyo y tomar con verdadero empeño todos los trabajadores.

Pero nuestro compañero, dejándose llevar por la importancia evidente de la propuesta acción inmediata, deja en segundo término, como cosa que no corre prisa, lo que él llama «el triunfo definitivo sobre la religión, la autoridad y el capital», ó sea, la revolución emancipadora.

Nosotros creemos que si la primera cuestión es importante, no lo es menos la segunda. Creemos que ni debe abandonarse el presente para pensar exclusivamente en el porvenir, ni hay caso de descuidar el porvenir para sólo atender al presente. Vivimos hoy y habremos de vivir mañana. ¿Por qué no hemos de procurar el mayor bienestar posible desde luego y asegurarlo para más adelante?

Convenimos con Pahissa en que «la revolución social se hace imposible en estos momentos.» No por esto debemos dejar de procurarla, de prepararla, de hacerla posible cuando más pronto mejor; y esto no «sentados en verano bajo la sombra de un árbol copudo y en invierno al amor de la lumbre, con un libro en la mano», sino por la acción revolucionaria constante. Por la instrucción también, es claro, y por la propaganda de ideas, «cultivando el cerebro, afirmando la voluntad, orientando el espíritu»; pero sobre todo por la acción, por la rebeldía individual y colectiva, por la agitación revolucionaria mantenida como el fuego sagrado en el corazón de los pueblos oprimidos.

Precisamente lo que tienen de más provechoso las agitaciones que se promueven para lograr las jornadas de trabajo aliviadas y los aumentos de jornal y otras reclamaciones frecuentes de los obreros, lo que

tienen de más provechoso estas agitaciones, repetimos, es el espíritu de rebeldía que infunden en los trabajadores, acostumbrándoles á la lucha contra el capitalismo y sus auxiliares.

Si la petición de las ocho horas hubiese de hacerse en forma legal á los poderes constituidos, la consideraríamos completamente estéril; pero el acuerdo del Congreso de Bourges nos agrada porque no se trata de pedir humildemente la jornada de ocho horas, sino de tomarla por sí mismos los trabajadores.

Lo que los congresistas de Bourges acordaron que se haga en 1.º de Mayo de 1906 para conseguir la jornada de ocho horas, deberá hacerse con todas las reivindicaciones del proletariado. Ninguna reforma ni mejora concederán los opresores del pueblo; todas habrán de conquistarse. Y, después de conquistadas, ninguna podrá sostenerse sino es á fuerza de energía, de continuas luchas, de una agitación siempre continuada. ¿Acaso no es esto la revolución?

No entendemos nosotros por revolución un motín triunfante, sino el cambio radical del modo de ser de la sociedad. Esta revolución no puede hacerse «en estos momentos» ni en ningún momento; no puede hacerse de golpe, pero puede irse haciendo siempre, en todos los momentos. Esta es la revolución que constantemente se realiza, contribuyendo á ella todos los obreros rebeldes, todos los oprimidos que no se resignan, todos los que aspiran á una organización superior á la actual y trabajan, con la palabra y con la acción, para derribar ésta y preparar el advenimiento de aquélla.

No puede separarse el presente del porvenir más que idealmente, en teoría; pero, en la práctica, el obrero que lucha por una mejora inmediata hace obra revolucionaria porque combate contra los poderes que sostienen la actual organización; y el que pone su mira en la organización futura contribuye también á debilitar esos poderes y facilita de una manera muy eficaz los parciales triunfos de alcance inmediato de sus hermanos en sufrimiento.

Por otra parte, todos sabemos que ni es posible llegar á la revolución libertadora de golpe, como de salto, ni las pequeñas mejoras pueden ser duraderas dentro de la sociedad actual. Para que el bienestar de todos sea posible, hay que modificar radicalmente el modo de ser social, hay que revolucionar. Para que la revolución sea posible, hay que ir haciendo todos los días, aprovechando todas las ocasiones de lucha que las necesidades del proletariado en todas partes nos ofrecen.

No dejemos, pues, de luchar por la jornada de ocho horas; pero no abandonemos

tampoco la lucha por la revolución definitiva.

Con nuestras palabras no creemos haber refutado, sino más bien explicado las del compañero Lorenzo Pahissa. Esperamos que él lo entenderá también así.

JUAN CUALQUIERA

Los colonizados

La Civilización, nombre que invocan los Estados fuertes para simular intervenciones y colonizaciones ejercidas sobre pueblos más ó menos primitivos, es la tapadera de que se vale la autoridad en todas sus formas, tanto dentro de la más reaccionaria de las Monarquías como en la más avanzada de las Repúblicas, para cubrir las infamias satánicas de sus mantenedores y explotadores.

Como ejemplo reciente de nuestra afirmación, veamos el relato que la propia prensa republicana hizo de lo sucedido en la colonia africana del Charí, á la que Francia coloniza por medio tan original como es el de su delegado Gaud.

Había sido éste alumno de farmacia y pretende ser un gran esteólogo. Su entretenimiento favorito en la colonia consistía en enseñar esqueletos humanos, hervir los huesos para sacarles la gelatina y dar de beber á los negros el nauseabundo caldo. ¡Desgraciado del indígena que se resistía á absorber semejante *consumé*.

Un día ofreció á un chiquillo una taza de ese caldo; el negrito huyó: Gaud le persiguió, le alcanzó, le ató sólidamente á un árbol, y á la fuerza le hizo beber el horrible brebaje. El pobre muchacho se impresionó hasta el punto de morir algunos días después.

El 14 de Julio, después de una copiosa comida en la que se celebraba la Toma de la Bastilla, para mayor sarcasmo, imaginó un festejo original y nuevo. Un joven negro fué sólidamente atado con cuerdas para que no pudiera moverse; en la espalda tiraron un cartucho de dinamita, de manera que el tubo de cobre hiciera oficio de cánula; cuando terminaron estos preparativos, oyóse una detonación y los restos sangrientos del negro fueron proyectados en todas direcciones.

Gaud hacía la corte á la mujer de un soldado senegalés, que no le hacía caso y huía siempre de él. Para vengarse la hizo cocer á fuego lento en un horno...

¿Para qué relatar más hechos? Para nosotros, para los que estamos muy lejos de la autoritaria corrupción social contemporánea, estos actos innobles son la fatal é infalible consecuencia de poner en manos de un hombre cualquiera, el poder, la autoridad, la tiranía; para nosotros esta conducta infame es la ciega satisfacción bestial que pro-

porciona el gubernamentalismo á los encargados de misión tan esclavizante, tan abusiva; abierta á todas las concupiscencias y relajamientos, como es el ejercicio de la autoridad en todos los climas, en todas las latitudes del planeta.

Se nos objetará que la República habrá sabido castigar con mano dura los desafueros de ese imbécil diabólico, pero para nosotros esto no significa otra cosa que la afirmación del propio poder absorbente, castigando tan sólo al funcionario y no á los mantenedores del régimen que la engendrara. Los tribunales franceses no habrán hecho otra cosa que condenar, reprobando una imprudencia temeraria cometida por su propio representante puesto en brazos del omnímodo poder que se le confiara.

Todos aquellos señores que finjeron escandalizarse ante las infamias del loco Gaud, no hicieron otra cosa que penar en él el cambio de forma que este vesánico dió á la eterna manera, á la eterna costumbre de propinar á los gobernados, tanto africanos como europeos, el castigo de sufrir el daño continuo y mortal que causan todos los poderes constituidos de la tierra, y que obedecen á varios nombres según el capricho de los tiranos y la mansedumbre de sus rebaños.

La Autoridad, la Burguesía, el Clericalismo y el Capital, no son más que los sempiternos Gaud que nos destrozan con la dinamita de la explotación, que nos envenenan con el nauseabundo y escaso alimento que nos proporciona su magnanimidad industrial, que nos deshonra colgando en nuestras combadas espaldas la hopa del servilismo y esterilizando nuestro cerebro para la capacitación de las ideas modernas de emancipación, de libertad, de progreso y de fraternidad, verdaderamente sostenidas y cultivadas.

Y ahora preguntamos: ¡Proletarios del mundo entero, colonizados universales! ¿cuándo os constituís en tribunal permanente para castigar severamente, justiciaramente, apocalípticamente, á ese enorme, á ese colosal Gaud, que, colonizándoos desde muchos siglos con los nombres engañosos de Progreso y Libertad, os da á beber la amarga ignorancia y la explotación, la miseria y la esclavitud? ¿Cuándo apartaréis de vosotros el inmundo brebaje, esta ponzoña de muerte que os sirven en la copa de oro de una falsa civilización?...

Lorenzo Pahiisa

El Cuartel

He aquí algunos párrafos de una crónica en la cual Antonio Zozaya fustiga al general Weyler, quien, reconociendo la necesidad del servicio obligatorio, se resiste á satisfacerla porque la vida del cuartel ¡no es posible á los señoritos acomodados!

«Lo que hay es que los pobres saben, como cualquier ministro de la Guerra, que los cuarteles carecen de condiciones higiénicas, que es deficiente la alimentación del recluta, que el trato á que está sometido es humillante, que la mortalidad del soldado español, aun sin guerra, es doble que la de los otros soldados europeos, y confía, no sin razón, en que estas desdichas se aminorarán el día en que en filas hubiere gentes de más influencia y menos aguante, esas gentes para las cuales no están aún los cuar-

teles, en sentir del ministro, en condiciones de habitabilidad.

Allá van los quintos de jornada. Pero ella no será muy larga y penosa, porque en filas van los hijos del alcalde, del cacique y del coronel. Al medio día comerán hambrientos el rancho; pero no será deslabazado, escaso, sucio ni mal oliente, porque han de comerlo el hijo del vizconde y el sobrino del opulento banquero. Juntos irán todos á las maniobras; pero dará paz el sargento á su vara, por temor de herir las espaldas de algún guía elegante de cotillones ó algún diestro jugador de lawn-tennis.

Un regimiento parte para el teatro de la guerra; pero no irá sin municiones, sin botiquines, sin alimentos, sin plan y sin guía; no es cosa de que la fortuna trueque sus puntos ni que la aristocracia se deje copar.

El pobre ha sido siempre carne de cañón, blanco de fusil, presa de microbio y de anemia. Sobre él alzó el monarca su cetro, su báculo el prelado, el sargento su sable y su látigo el capataz.

¿Qué extraño es que quiera mezclarse con los fuertes para que no descargue la injusticia sobre el rebaño sus golpes ciegos y para que ni el hambre le postre, ni la enfermedad le envenene, ni la espada le hiera, ni el látigo implacable le azote?

¡Qué confesión tan preciosa, mi general! Los cuarteles no tienen condiciones para aposentar á los ricos. ¿Pero es que los pobres no son de carne, no padecen y sufren, no han sido paridos con dolores y criados con sufrimientos y lágrimas?»

La Prehistoria

Estamos en el comienzo del comienzo.

WELLS

—Buenos días, querido maestro. ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

—Ya lo está usted viendo; siempre en mi taller; enfrascado en mi grande obra.

—¿Habla usted de esa obra magna, admirable, que todos esperamos: *La Prehistoria*?

—En efecto en ella estoy ocupado en estos momentos. Ya poco falta para que la dé por terminada definitivamente.

—¿Habrá usted llegado acaso á los lindes de las épocas modernas, históricas?

—Acabo, sí señor, de poner los últimos trazos á mi descripción del período de la electricidad.

—¿Será un interesante período ese de la electricidad?

—Es el último estado de la evolución del hombre primitivo; ya desde aquí comienza la profunda transformación que los historiadores conocen, es decir, comienza la era del verdadero hombre civilizado.

—Perfectamente, querido maestro. Y ¿ha logrado usted muchas noticias de este oscuro y misterioso período?

—He logrado, ante todo, determinar cómo vivían estos seres extraños que nos han precedido á nosotros en el usufructo del planeta. Sé, por ejemplo, de una manera positiva que estos seres vivían reunidos, amontonados, apretados en aglomeraciones de viviendas que, al parecer, se designaban con el nombre de *ciudades*.

—Es verdaderamente curioso, extraordinario lo que usted me cuenta. Y ¿cómo podían vivir estos seres en esas aglomeraciones de viviendas? ¿Cómo podían respirar, moverse, bañarse en el sol, gozar del silencio, sentir la sensación exquisita de la soledad? Y ¿cómo eran esas viviendas? ¿Eran todas iguales? ¿Las hacían diversas, cada cual á su capricho?

—No; estas casas no eran todas iguales; eran diferentes; unas mayores, otras más chicas; otras molestas, angostas.

—¿Ha dicho usted, querido maestro, que unas eran angostas, molestas? Y dígame usted, ¿cómo podía ser esto? ¿Cómo podía haber seres que tuviesen el gusto de habitar en viviendas molestas, estrechas, anti-higiénicas?

—Ellos no tenían este capricho; pero les forzaban á vivir de este modo las circunstancias del medio social en que se movían.

—No comprendo nada de lo que usted quiere decirme.

—Quiero decir que en las épocas primitivas había unos seres que disponían de todos los medios de vivir, y otros, en cambio, que no disponían de estos medios.

—Es interesante, extraño, lo que usted dice. ¿Por qué motivos estos seres no disponían de medios?

—Estos seres eran los que entonces se llamaban *pobres*.

—¡Pobres! ¡Que palabra tan curioso! Y ¿qué hacían esos *pobres*?

—Esos *pobres* trabajaban.

—Esos *pobres* trabajaban? Y si trabajaban esos *pobres*, ¿cómo no tenían medios de vida? ¿Cómo eran ellos los que vivían en las casas chiquitas?

—Esos *pobres* trabajaban; pero no era por cuenta propia.

—¿Cómo, querido maestro, se puede trabajar si no es por cuenta propia? No le entiendo á usted; explíqueme usted esto.

—Quiero decir, que estos seres que no tenían medios de vida, con objeto de allegarse la subsistencia diaria se reunían á trabajar en unos edificios que, según he averiguado, llevaban el título de *fábricas*.

—Y ¿qué iban ganando con reunirse en esas *fábricas*?

—Allí todos los días les daban un *jornal*.

—Dice usted *jornal*? ¿Será éste algún vocablo de la época?

—*Jornal* es, efectivamente, una palabra cuya significación hoy no comprendemos: *jornal* era un cierto número de *monedas*, que diariamente se les abjudicaba por su trabajo.

—Un momento, querido maestro; perdóneme usted otra vez. He oído que ha dicho usted *monedas*. ¿Qué es esto de *monedas*?

—*Monedas* eran unos pedazos de metal, redondos.

—Para qué eran estos pedazos de metal, redondos?

—Estos pedazos, entregándolos al poseedor de una cosa, este poseedor entregaba la cosa.

—Y este poseedor, ¿no entregaba las cosas si no se le daba estos pedazos de metal?

—Parece ser que, en efecto, no las entregaba.

—¿Eran unos seres extraños estos poseedores? ¿Y para qué querían ellos estos pedazos de metal?

—Parece ser también que cuantos más pedazos de éstos se tenía era mejor.

—¿Era mejor? ¿Por qué? ¿Es que estos pedazos no los podía tener todo el que los quisiera?

—No, no podían tenerlos todos.

—¿Por qué motivos?

—Porque el que los tomaba sin ser suyos era encerrado en una cosa que llamaban *cárcel*.

—¿*Cárcel*? ¿Qué significa esto de *cárcel*?

—*Cárcel* era un edificio donde metían á unos seres que hacían lo que los demás no querían que hiciesen.

—¿Y por qué se dejaban ellos meter allí?

—No tenían otro remedio; había otros seres con *fusiles* que les obligaban á ello.

—¿He oído mal? ¿Es *fusiles* lo que acaba usted de decir?

—He dicho, sí, señor, *fusiles*.

—¿Qué es esto de *fusiles*?

—*Fusiles* eran unas armas de que iban provistos algunos seres.

—¿Y con qué objeto llevaban los *fusiles*?

—Para matar á los demás hombres en las guerras.

—¿Para matar á los demás hombres! Esto es enorme, colosal, querido maestro. ¿Se mataban los hombres unos con otros?

—Se mataban los hombres unos con otros.

—¿Puedo creerlo? ¿Es cierto?

—Es cierto; le doy á usted mi palabra de honor.

—Me vuelve usted a dejar estupefacto, maravillado, querido maestro. No sé qué es lo que usted trata de regalarme con sus últimas palabras.

—¿He hablado del honor?

—Ha hablado usted del honor.

—Perdone usted; ésta es mi obsesión actual; éste es el punto flaco de mi libro; ésta es mi profunda contrariedad. He repetido instintivamente una palabra que he visto desparramada con profusión en los documentos de la época y cuyo sentido no he llegado a alcanzar. Le he explicado a usted lo que eran las ciudades, los pobres, las fábricas, el jornal, las monedas, la cárcel y los fusiles; pero no puedo explicarle a usted lo que era el honor.

—Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres.

—Es posible...

AZORÍN

La libertad intelectual

—¿Hablemos otra vez de la libertad?

—Hablemos.

—¿Te reputas intelectualmente libre?

—Nada más libre que mi pensamiento.

—¿Dentro y fuera de tí?

—Fuera de mí puede la ley cohibirlo y aún castigarlo. Dentro de mí se mueve sin que nada ni nadie lo detengan; corre ancha y desembarazadamente así por los espacios de la realidad como por los de la fantasía.

—¿No dudas?

—Dudo.

—No eres, pues, tan libre como presumes.

—¿Cómo?

—¿Qué libertad es la tuya, cuando la contradicción opone continuos obstáculos a la marcha de tu entendimiento, ora andes en busca de la verdad, ora en busca de tu conveniencia?

Te afanas y bregas por resolver tus dudas; ¿las resuelves todas con acierto?

—Unas acertando, otras errando.

—¿Quisiste errar?

—No.

—Luego no obraste libremente. ¿Qué de veces no ofuscan y dominan, por otra parte, las pasiones tu inteligencia! Prescindo de que te la tuerzan y extravíen la enfermedad y la locura.

Ni el pensamiento es dueño de sí mismo, ni lo eres tú tampoco de tu pensamiento.

¿Puedes acaso pensar como quieras? Podrás fingir que piensas lo que pienses y aún obrar contra tu pensamiento, no cambiarlo. La razón ejerce sobre tí absoluto imperio.

—¿No soy, pues, intelectualmente libre?

—Lo vas siendo. Dentro del humano saber, cada duda que se desvanece, cada error que se corrige, cada verdad que se descubre, te acerca a la libertad de que te creiste poseedor y no lo serás en siglos. Observa, induce, medita; cuanto más estudies, tanto más pronto llegarás a la redención de tu espíritu.

—Y ¿eres tú el que dice soberana la razón del hombre, una razón que tal vez ande dudando y vacilando hasta el fin del mundo?

—¿Conoces algo sobre tu razón? ¿Tienes fuera de tu razón la raíz de tu certidumbre? ¿No están en tu razón los principios fundamentales de toda ciencia?

Que no pueda la razón moverse sin desbrozar su camino de los obstáculos que la contradicción le opone, no significa sino que esta es su ley cuando no la ley del universo. El hombre, tenlo por averiguado, en orden alguno de la vida es; sólo va siendo. Esto es lo que a mi juicio enlaza todas sus generaciones y nos revela en el hombre la humanidad, en la humanidad el hombre.

F. PÍ Y MARGALL

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

4 La Mujer—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre, por Teresa Claramunt; 15 cts.

Los presos

Unos con otros, como eslabones de la inmensa cadena, entrelazados sus brazos con los nudos corredizos de la cuerda, guiados por dos hombres serios y negros y escoltados por otros dos los llevan de cárcel en cárcel, de presidio en presidio, avergonzándoles a las miradas del mundo, exponiéndoles a la faz de los hombres honrados (porque no están presos) las miserias y torturas de las víctimas sociales; y cuando atraviesan el muro que por años y años ha de separarles del mundo en que vivieron y el cerrojo rechina tras sus últimas pisadas, entonces les sueltan las amarras, les dan libertad, les ponen en contacto de otros desgraciados como ellos, les arrojan al montón, cual hicieran con la manada de tigres que del oasis africano transportaran a las jaulas de algún parque zoológico.

¡Pobres presos! Aun los hombres, esos hombres que se llaman jueces, no han podido comprender que su conciencia a cada instante ha de remorderse con la comezón horrible de su justicia, aun no se han convencido de que el hombre ha de juzgarse por sí mismo expiando su falta en sus propios actos, purgando sus delitos en sus propias vicisitudes, sin que un semejante a quien los libros hayan instruido un poco y sepa enumerar los artículos del Código penal sea bastante para privarle de un derecho inviolable y que ellos motejan y juguetean a su capricho. Y aun se atreven a decir que son malos, que son perversos, que son ladrones ó criminales. ¡Ah! Si ellos no fueran lo que por desgracia son, esa perversidad disminuiría. Si no hubiera explotación no habría huelgas; si no hubiera tiranía, tal vez no hubiera crímenes; si no hubiera hambre no habría robos. Pero ¿qué? ¿quieren ser explotadores, tiranos, acaparadores, incompasivos y disfrutar de tranquilidad? No, eso no; aun parece poco lo que hacen, aun debiera el pueblo tener un código más severo para esos hombres que ni ven la miseria porque son ricos, ni oyen las quejas porque están elevados, ni sienten el hambre porque están hartos. Y esos son los que dicen que los presos tienen extraviada la inteligencia y corrompido el corazón.

Ellos no lo saben, no los han visto, no los han sentido. Si vivieran algún tiempo bajo la bóveda de una celda, si sondeasen poco a poco el corazón de cada uno, hallarían bajo la historia de sus crímenes y robos, de sus faltas y delitos, un algo muy bueno y muy hermoso, un algo que se agita en un mundo pequeño de remordimientos, un algo que siente lo pasado y lo llora, que quiere arrepentirse y le grita ¡hazlo!, un algo muy grande, y ese algo es el corazón. ¡Nunca he sentido más la nostalgia del cariño que ahora, que me veo entre barrotes de hierro y entre murallas de piedra; nunca he pensado más en la felicidad del hombre libre, que ahora en que me veo privado de ella! No son malos los presos; los malos son los otros, los causantes de los crímenes y de los castigos.

Infelices, desgraciados, a todo han de inclinarse; desde la ley mayestática que brota de la mansión de los reyes, al látigo verdugo del cabo de vara de presidio; por todos han de dejarse hundir en ese abismo; desde el severo presidente de la Audiencia hasta el humilde carcelero de su celda; para ellos no hay vida, no hay alegría, no hay mundo; para ellos no se hizo la sonrisa de los labios ni la felicidad del corazón; sólo les han guardado el amargor de una lágrima y los sinsabores del alma; ellos sufren la ignominiosa marca con que el injusto estigma sella sus frentes y sienten a la par la fibra de bondad con que el remanso de la desgracia les inspisa alientos; ellos sienten tras sus muros la agitada armonía de un mundo de placeres y ven en el interior de esos muros la obscura desigualdad de un mundo de tristezas; ellos escuchan labios pestilentes que les oprobian y escarnecen por crimina-

les y escuchan labios más cariñosos que les compadecen en sus amargos despechos; ellos ven a otros hombres que besan a sus madres, ven otros hombres que abrazan a sus hijos, y aun teniendo madres y aun teniendo hijos, la ley, la hermosa y divina ley, les prohíbe besar su frente de arrugas y estrechar sus cuerpos de ángeles; ellos sienten el olor de los manjares y sus vientres les vociferan ¡hambre!; ellos sienten el bullicio de la vida, cuando viven en las sombras de la muerte... y sufren y callan y el corazón se les agita por la pena y las mejillas se les abrazan por las lágrimas.

Y aun esos hombres que tan mal los juzgan se atreverán a injuriarles, aun no tienen bastante con encerrarlos que tras el cerrojo les hechan la maldición y eso es de hombres que pasan por santos y buenos y que predicán la bondad de Dios ¡mentira! ¡mentira! El hombre que escarnece a un preso, que le injuria, que le falta... le falta a él otra cosa...

Ese hombre ú esos hombres no tienen conciencia ó la tienen más negra que sus actos; no tienen corazón ó han puesto en su lugar una piedra y ni aun eso, porque el criminal más grande tiene compasión a los otros desgraciados, a pesar de su maldad, y la piedra más dura por dura que sea la horadan las gotas de agua. Es que no los han visto, que no los han oído, que no los han sondeado, por eso dicen que tienen extraviada la inteligencia y corrompido el corazón, por eso dicen que son malos... El que es malo no sufre, y los presos sufren; el que es malo no llora y ellos lloran... ¡Ah! si los presos fueran tan malos, entonces no los encerrarían, estoy seguro ¿qué sacarían de meter un tigre en una jaula de mimbres...

PEPE VERDADES

Cárcel de Mahón, 19 Octubre, 1905.

El anarquista

Por su misma definición, el anarquista es el hombre libre, el que no admite amo. Las ideas que él profesa son hijas de su razonamiento; su voluntad, nacida de la comprensión de las cosas, se concentra hacia un fin claramente definido; sus actos son la realización directa de su pensamiento personal. Al lado de aquellos que repiten devotamente las palabras de otros ó los chismes tradicionales que abaten el sér al capricho de un individuo poderoso, ó lo que es más grave aun, a las oscilaciones de la multitud, él sólo es un hombre; él sólo tiene conciencia de su valer en frente de todas las cosas débiles y sin consistencia que no osan vivir de su propia vida.

Pero este anarquista que se ha desembarazado moralmente de la dominación ajena, y que no se acostumbra jamás a ninguna de las opresiones materiales que los usurpadores hacen pesar sobre él, no será dueño de sí hasta que esté emancipado de sus pasiones irracionales. Necesita conocerse, desprenderse de su propio capricho, de sus impulsos violentos, de todos sus defectos de animal prehistórico, no para matar sus instintos, sino para conciliarlos armoniosamente con sus aspiraciones de hombre.

Libre de los otros hombres, debe estarlo igualmente de sí mismo, para ver con claridad donde se encuentra la verdad buscada, para dirigirse a ella sin hacer un movimiento que a la verdad no la aproxime, sin decir una palabra que la verdad no proclame.

Si el anarquista llega a conocerse, con esto mismo conocerá su medio, hombres y cosas. La observación y la experiencia le habrán demostrado que toda su firme comprensión de la vida, toda su fiera voluntad permanecerán impotentes si no las asocia a otras comprensiones, a otras voluntades. Solo, será fácilmente aplastado, pero su aplastamiento será más difícil si se agrupa con otras fuerzas constituyendo una sociedad de perfecta unión, en la que todos los miembros estén ligados por la comunión de ideas, la simpatía y el buen acuerdo. En es-

te nuevo cuerpo social, todos los camaradas serán iguales, dándose mutuamente las mismas pruebas de respeto y los mismos testimonios de solidaridad. Serán hermanos en adelante, y las miles de rebeldías aisladas se transformarán en una reivindicación que nos dará la sociedad nueva, la de la armonía.

ELÍSEO RECLUS

DE BARCELONA

Ha sorprendido á todo el mundo la noticia de la suspensión de la vista de la causa seguida contra nuestros compañeros procesados á consecuencia del falso *complot* de Moreno y Memento, que estaba señalada para el día 17 del corriente.

El motivo de la suspensión lo atribuyen muchos á miedo, después del mitin del teatro Condal, en el que se demostró plenamente la inocencia de los procesados, haciéndose graves cargos contra jueces y policías. Otros lo atribuyen á la venida del Presidente de la República Francesa. Las manifestaciones oficiales son de que la vista se ha suspendido por no haber podido dictaminar los facultativos que estaban encargados de ver si Picoret está en el pleno uso de sus facultades mentales.

Nosotros creemos que las dos primeras causas apuntadas son las que han influido más en la suspensión, que en los primeros momentos se quiso que fuera indefinidamente; mas en vista de la alarma que ha causado en la opinión y de los comentarios hechos por la prensa, se ha señalado el día 13 del próximo mes de Noviembre para la nueva vista.

Entre tanto los presos siguen enviando escritos á la prensa haciendo consideraciones acerca de la marcha del proceso y nuevas manifestaciones que contribuyen cada vez más á demostrar su inocencia; al mismo tiempo se continúan celebrando mitins en varias poblaciones de Cataluña y así seguirá la agitación hasta el día de la vista.

La prensa europea se hace ya eco de nuestras protestas y los periódicos franceses, belgas y de otras naciones, jalean de lo lindo á Moreno, Tressols, Memento, Morales y demás inventores de *complots*.

El dinamitero Morales, ex-teniente de la guardia civil, que fabricaba bombas y luego las descubría para perseguir á los anarquistas, ha logrado un nuevo aplazamiento del juicio que contra él había de celebrarse dentro de pocos días en el que el fiscal le pedía ocho años y pico de prisión.

El aplazamiento es una nueva jugarreta de Morales y su defensor que inventaron un testigo imaginario, señalándole domicilio en Barcelona. Al hacerle la citación no se encontró al testigo en ningún sitio y ahora el defensor dice que está en Buenos Aires, y en su consecuencia pide el aplazamiento hasta que allí se le tome declaración.

Lo chusco del caso es que—según dice *El Liberal* de Barcelona—el falso domicilio donde aparece viviendo el testigo en Buenos Aires es una casa de lenocinio, guarida al par de golfos y ladrones.

A pesar de esto, los jueces han accedido á la petición del defensor y Morales podrá pasearse algunos meses más por las calles de Barcelona, sin perjuicio de ponerse en sal-

vo cuando vea la situación comprometida. A esa gente nunca carga la mano la justicia.

Entre tanto, para distraer sus ocios, puede seguir fabricando algún artefacto de los suyos y llevarlo, sino á la calle de Fernando ó Rambla de las Flores, á alguna otra vía concurrida de Barcelona, para que los reaccionarios tengan ocasión de atacar y calumniar á los anarquistas.

Nuestros lectores recordarán á aquel Eduardo Ferrás, supuesto autor del atentado contra el rey de España y el presidente Loubet, que tan mal hizo quedar á las policías española y francesa que le hicieron recorrer media Europa, luego lo mataron, más tarde lo resucitaron, acabando por hacerse un lío que hizo reír á todo el mundo.

Pues ahora aparece en Barcelona y ha escrito la siguiente carta á *La Publicidad*:

«Yo, Eduardo Ferrás; afirmo que, no he estado en Francia hace 29 meses ni he salido de Barcelona durante todo este tiempo.

Estoy dispuesto á acudir (en nombre de la Verdad) donde convenga, (siempre y cuando se me garantice la libertad) para ayudar á deshacer esta farsa policiaca, que con nombre de *complot* quiere perder á mis compañeros.

Para que conste firmo el presente. Yo el supuesto autor del atentado de la Rue Rohan.

Eduardo Ferrás

Barcelona 10 de Octubre de 1905.»

La carta ha sido reproducida en muchos periódicos franceses, con sabrosísimos comentarios.

Esta carta prueba lo que decíamos hace dos ó tres semanas acerca de la ignorancia de la policía barcelonesa á cuyo frente está el analfabeto Tressols.

Veremos lo que dirán ahora.

La Publicidad ha publicado un artículo del compañero Federico Urales en el que, hablando de los confidentes de la policía, dice que están preparando un nuevo *complot* y añade que si las autoridades quieren evitarlo lo lograrán fácilmente dando las oportunas órdenes para que se detenga á todos los confidentes ó se les eche de Madrid durante un mes.

ECOS Y COMENTARIOS

Nuestro compañero Juan Manent acabó el lunes de cumplir la condena que le fué impuesta por una declaración del inspector de policía José García Saez que no quisieron reconocer como falsa los señores magistrados.

El García Saez presta actualmente sus servicios en Barcelona.

El compañero Manent ha vuelto á ocupar su puesto en nuestra imprenta y redacción. Total: dos meses y medio de reposo y un mejor conocimiento de lo que es y para qué sirve la autoridad.

Adelante y hasta otra.

El comité constituido en París para promover agitación en favor de los compañeros Malato, Vallina, Harwey y Caussanel, víctimas de un *complot* policiaco, dirige una circular á los compañeros de España, anunciando que dentro del término de un mes se ha de celebrar el juicio oral y pidiendo ayuda para la celebración de mitins, publicación de hojas y otros actos semejantes.

Al efecto se abrirán listas de suscripción en todas partes y confiamos que los compa-

ñeros sabrán mostrar su solidaridad para con las víctimas del republicano gobierno francés.

Tierra y Libertad publica un artículo en el que da cuenta de las arbitrariedades que cometen con él las autoridades para impedir su publicación.

Como en nuestro número anterior ya habíamos nosotros de ello, nos abstenemos de reproducir dicho artículo, llamando una vez más la atención de los compañeros para que ayuden á nuestro colega en la lucha que sostiene con los servidores de la autoridad.

El sábado y domingo próximos, empezando á las ocho y media de la noche, se celebrarán dos veladas en la Escuela Libre del barrio 15, cuyos beneficios se dedican al sostenimiento de la Escuela.

ERRATA

En el número anterior, al dar cuenta de las denuncias con que nos ha obsequiado la autoridad, dijimos, por *errata*, que los artículos de Urales y Mas-Gomeri demostraban que son los anarquistas los autores de las bombas explotadas últimamente en Barcelona.

Suponemos que el buen sentido de nuestros lectores subsanaría el error; pero, para evitar malas interpretaciones de algún malicioso, creemos conveniente rectificar. Lo que demostraban aquellos artículos es que no fueron los anarquistas los autores de aquellos atentados.

No lo fueron. Y lo diremos muchas veces con denuncias ó sin denuncias.

PAPEL IMPRESO

El grupo «Gente Nueva», de Sabadell, de cuya formación dábamos cuenta hace pocos números, ha publicado el primer volumen de su Biblioteca, conteniendo, bajo el título de *Enseñanza Integral*, una conferencia leída en aquella ciudad por Alvaro Rosell.

El folleto, de más de 40 páginas, se vende á 15 céntimos el ejemplar. A los correspondientes, grupos y periódicos se les hace un 33 por 100 de descuento. Los pedidos á nombre de José Martínez, calle de Argüelles, 139.—Sabadell.

Nuestro compañero J. M.^a Blázquez de Pedro ha publicado una colección de poesías con el título de *Rebeldías cantadas*, escritas durante su estancia en la Cárcel Modelo, de Madrid. En todas ellas campea el espíritu rebelde y emancipado de su autor.

Precio del ejemplar: 25 céntimos. Rebaja de 25 por 100 á los que pidan 50 ejemplares ó más. Los pedidos al autor: Colón, número 5. Béjar (Salamanca).

CORRESPONDENCIA

Bilbao.—J. R. Cambiamos la dirección desde este número.

Habana.—J. G. Recibido postal. Hacemos modificación. Conforme con lo que dices.

San Feliu de Guixols.—J. P. Recibidas las cantidades que dices. Enviamos números. Aumentamos paquete. Imposible hacer envío antes.

Horcajo.—M. R. Recibidos sellos. Pagado hasta fin de año.

Valencia.—J. O. Hacemos nuevo aumento al paquete. Estamos seguros que la culpa de no recibir con regularidad los paquetes no es de esta Administración de Correos.

Coruña.—E. T. Enviamos 30 ejemplares desde este número.

Santa Cruz de Tenerife.—L. y V. Recibidas 5'80 pesetas. Escribimos.

Madrid.—«Tierra y Libertad». Hemos visto que por equivocación abonáis 6 pesetas según *Correspondencia* de nuestro número 220. Lo que os decíamos era que tenemos para vosotros un donativo de 2 pesetas, de José Sintés.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castiello 170 Mahón.